

Es probable que la admiración vivísima de María Eugenia Vaz Ferreira por los parnasianos haya inducido, más que su misma obra, a calificarla dentro de esa escuela. Una vez la oí decir con la arrogancia propia de su carácter irreprimible: "Si yo no fuera la autora de mis versos, querría haber hecho los sonetos de Heredia". Nada, sin embargo, más contrario a su manera que la poesía de Heredia, objetiva y serena, rica de estudio y trabajada con arte insuperable.

En la poesía de María Eugenia Vaz Ferreira no se da nunca el contacto con la realidad. Ella no se acomoda jamás a un motivo exterior; antes al contrario, es como la protesta del espíritu herido por cuanto lo rodea, que se recoge en sí mismo o se levanta, desdenoso de la tierra y de los hombres, en alas de una arbitraria voluntad de exaltación quimérica. Todo su amor está puesto en lo imposible (*Heroica*); tiene sueños "de púrpura y de oro" (*Triunfal*); quiere ser como la roca erguida sobre el oleaje inútil de los mares y como la cumbre altísima arrobada en el esplendor de los astros (*Invicta*); desilusionada y resignada, nada solicita, nada acepta de la vida (*Balada del esceptico.*)²⁹ Sólo anhela para las cosas del mundo la paz del olvido, y sin embargo, no es tranquila. Su canto grita con entusiasmo la soledad orgullosa de su alma altiva. Se siente resucitada en la embriaguez del verbo alucinante (*Desurrección*); cuando llama al amor toma actitudes bélicas de amazona y prorrumpe en retos de lucha (*Rendición*); amenaza al amado con terrores apocalípticos de las más celosas fiebres (*¡Yo sola!*); busca para sus trasportes violentísimos una tregua en la noche y el aquietamiento definitivo de la muerte:

*¡Oh, noche embriagadora,
Hecha de soledad y de desesperanza!
Dale (sic) a los beneditos (sic) que todavía sueñan*